



EDICIÓN ESPECIAL SEMANA SANTA 2007.

JUEVES SANTO

HORA SANTA ANTE EL MONUMENTO.

Extraído del Devocionario Eucarístico de Andrés Pardo.

Monición Introductoria.

Hermanos: Esta Noche en que la Iglesia conmemora la cena del Señor y su oración en el huerto, en las que quiso estar acompañado de sus íntimos, nos reunimos entorno al Sacramento de su presencia real para recordar sus últimas lecciones y recoger con ánimo agradecido los preciosos dones de la Eucaristía y del sacerdocio cuya institución conmemoramos.

Canto de Entrada.

*Pange, lingua, gloriósi Córporis
mystérium. Sanguínisque pretiósi, quem
in mundi prétium, fructus ventris
generósi Rex effúdit géntium.*

*Nobis datus, nobis natus ex intácta
Virgine, et in mundo conversátus, sparso
verbi sémine, sui moras incolátus miro
cláusit órđine.*

*In suprémæ nocte cæncæ, recumbens cum
frátribus, observáta lege plene, cibus in
legálibus, cibum turbæ duodénæ se dat
suis mánibus.*

*Que la lengua humana cante este misterio
la Preciosa Sangre y el Preciosa Cuerpo.
Quien nació de Virgen, Rey del Universo,
por salvar al mundo dio su Sangre en precio.*

*Se entregó a nosotros, se nos dio naciendo de
una casta Virgen;
y, acabado el tiempo,
tras haber sembrado la Palabra al pueblo,
coronó su obra con prodigio excelso.*

*Fue en la última cena – ágape fraterno -
tras comer la Pascua según mandamiento,
con sus propias manos repartió su cuerpo,
lo entregó a los doce para su alimento.*

Oración.

Señor, nuestro Jesucristo:

Como Pedro, Santiago y Juan que oyeron tu voz angustiada en el Huerto de los Olivos al decirles: “Velad conmigo”, también nosotros en esta noche escuchamos y queremos estar muy cerca de ti.

Hace poco que le has entregado tu cuerpo, y tú sangre, hechos “alimento para la vida de los hombres”. Por eso hoy tu presencia en medio de nosotros es una realidad.

Déjanos estar contigo.

Tenemos mucho que agradecerte por tu legado a la Iglesia en la última cena: institución de la Eucaristía y del sacerdocio ministerial, para perpetuar tu presencia entre nosotros; oración sacerdotal al Padre, a favor de tus futuros seguidores, y promesa del Espíritu Santo Consolador.

Necesitamos pedirte mucho, porque “el espíritu está pronto” pero la carne es débil.

Y queremos, sobre todo, acompañarte en la noche en la que queremos connumeramos tu entrega al sacrificio y a la muerte por los hombres.

Acéptanos Señor, en tu compañía.

Haz que hagamos fecundo en nosotros tu sacrificio redentor.



Y acuérdate de nosotros, que ya estás en tu reino.
Que vives y reinas con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, y eres Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA.

Monición.

La revelación plena de Dios, la encontramos en su entrega generosa por Amor, amor que nos ha cautivado, nos atraído y nos ha atrapado para sí. Escuchemos en estas hermosas líneas el núcleo central de nuestra fe.

Primera Lectura.

Lectura de la primera carta del apóstol San Juan. 4, 6-16.

Hermanos:

Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.

Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.

Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.

Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.

En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu.

Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo.

Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios.

Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.

Palabra de Dios.

Breve Reflexión en Silencio.

Canto.

*Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor.*

*¡Dios está aquí! Venid, adoradores;
adoremos a Cristo Redentor.*

*¡Gloria a Cristo Jesús! Cielos y tierra,
benedicid al Señor.*

*¡Honor y gloria a ti, Rey de la gloria;
amor por siempre a ti, Dios del amor!*



Segunda Lectura.

Del Mensaje del Papa Benedicto XVI, con motivo de la XXII Jornada Mundial Juventud.

Queridos quisiera invitaros a “atreverse a amar”, a no desear más que un amor fuerte y hermoso, capaz de hacer de toda vuestra vida una gozosa realización del don de vosotros mismos a Dios y a los hermanos, imitando a Aquél que, por medio del amor, ha vencido para siempre el odio y la muerte (cf. Ap 5,13). El amor es la única fuerza capaz de cambiar el corazón del hombre y de la humanidad entera, haciendo fructíferas las relaciones entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre culturas y civilizaciones. De esto da testimonio la vida de los Santos, verdaderos amigos de Dios, que son cauce y reflejo de este amor originario. Esforzaos en conocerlos mejor, encomendaos a su intercesión, intentad vivir como ellos. Me limito a citar a la Madre Teresa que, para corresponder con prontitud al grito de Cristo “Tengo sed”, grito que la había conmovido profundamente, comenzó a recoger a los moribundos de las calles de Calcuta, en la India. Desde entonces, el único deseo de su vida fue saciar la sed de amor de Jesús, no de palabra, sino con obras concretas, reconociendo su rostro desfigurado, sediento de amor, en el rostro de los más pobres entre los pobres. La Beata Teresa puso en práctica la enseñanza del Señor: “Cada vez que lo hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40). Y el mensaje de esta humilde testigo del amor se ha difundido por el mundo entero.

Cada uno de nosotros, queridos amigos, puede llegar a este grado de amor, pero solamente con la ayuda indispensable de la gracia divina. Sólo la ayuda del Señor nos permite superar el desaliento ante la tarea enorme por realizar y nos infunde el valor de llevar a cabo lo que humanamente es impensable. La gran escuela del amor es, sobre todo, la Eucaristía. Cuando se participa regularmente y con devoción en la Santa Misa, cuando se transcurre en compañía de Jesús eucarístico largos ratos de adoración, es más fácil comprender lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo de su amor, que supera todo conocimiento (cf. Ef 3,17-18). Además, el compartir el Pan eucarístico con los hermanos de la comunidad eclesial nos impulsa a convertir “con prontitud” el amor de Cristo en generoso servicio a los hermanos, como lo hizo la Virgen con Isabel.

Oración.

Concédenos Señor, que nosotros tus discípulos aprendamos en la eucaristía “escuela del amor” el modo y la manera de ofrecer nuestras vidas para socorrer a los demás, que nuestro testimonio de fe, nuestros actos de caridad, y nuestra esperanza gozosa ilumine a otros a encontrarse contigo Único y Eterno Amor Verdadero.

Tu que vives y reinas con Dios padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Monición:

Escuchemos ahora las Palabras del santo Evangelio, Como aquella noche, también nosotros bajamos con Jesús al Monte de los Olivos, Ojala que no nos rinda el sueño de nuestro pecado, como a los primeros discípulos; que los ojos de nuestra alma se encuentren vigilantes y despiertos para que no nos seduzca el sueño de las tinieblas de este mundo, en fin que sepamos velar y Orar para no caer en la tentación.

Tercera Lectura.

Evangelio.

+ Lectura del Santo Evangelio según San Mateo 26, 30-56

Y cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos.

Entonces les dice Jesús: «Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: “ Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño”.

Mas después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea.»

Pedro intervino y le dijo: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.»

Jesús le dijo: «Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.»

Dícele Pedro: «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré.»

Y lo mismo dijeron también todos los discípulos.

Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní, y



dice a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar.»

Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia.

Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.»

Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así:

«Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú.»

Viene entonces donde los discípulos y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.»

Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad.»

Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados.

Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras.

Viene entonces donde los discípulos y les dice: «Ahora ya podéis dormir y descansar. Mirad, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores.

¡Levantaos!, ¡vámonos! Mirad que el que me va a entregar está cerca.»

Todavía estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los Doce, acompañado de un grupo numeroso con espadas y palos, de parte de los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo.

El que le iba a entregar les había dado esta señal: «Aquel a quien yo dé un beso, ése es; prendedle.»

Y al instante se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Rabbi!», y le dio un beso.

Jesús le dijo: «Amigo, ¿a lo que estás aquí!» Entonces aquéllos se acercaron, echaron mano a Jesús y le prendieron.

En esto, uno de los que estaban con Jesús echó mano a su espada, la sacó e, hiriendo al siervo del Sumo Sacerdote, le llevó la oreja.

Dícele entonces Jesús: «Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán.

¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles?

Mas, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que así debe suceder?»

En aquel momento dijo Jesús a la gente: «¿Como contra un salteador habéis salido a prenderme con espadas y palos? Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y no me detuvisteis.

Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas.» Entonces los discípulos le abandonaron todos y huyeron.

Palabra del Señor.

Gloria a Ti Señor Jesús.

Canto.



Cuarta Lectura.

De la Encíclica del Papa Benedicto XVI *Deus Caritas est*.

Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática- en el Nuevo Testamento-, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la « oveja perdida », la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: « Dios es amor » (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33). Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre — aquello por lo que el hombre vive— era el Logos, la sabiduría eterna, ahora este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La « mística » del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar.

Silencio.

Aclamciones.

Adoramos a nuestro Redentor que por nosotros y por todos los hombres aceptó voluntariamente la muerte que nos había de salvar. Digamos.

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

Tú que te humillaste haciéndote obediente hasta la muerte, enséñanos a someternos siempre a tu voluntad del Padre.

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

Haz que tus fieles participen en tu Pasión mediante los sufrimientos de la vida, para que se manifiesten a los hombres los frutos de la salvación.

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

Tú que siendo nuestra vida quisiste morir en la cruz para destruir la muerte y todo su poder, haz que contigo sepamos morir al pecado y resucitar así contigo a una nueva vida.

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

Rey nuestro, que aceptaste ser desprecio del pueblo y la vergüenza de la gente haz que tu Iglesia no se acobarde ante la humillación, sino que como tú proclame en toda circunstancia el honor del Padre.

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

Salvador de todos los hombres, que diste tu vida por los hermanos, enséñanos a amarnos mutuamente con una amor semejante al tuyo.



Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

Oh Señor, que aceptaste en Getsemaní el consuelo de un ángel, concédenos la protección de tu Madre, consuelo de los afligidos para poder nosotros consolar a los que están atribulados, mediante el consuelo con que tu nos consuelas.

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

Otórganos, Señor, a tus fieles difuntos el consuelo eterno.

Fieles a la recomendación del Salvador, que en Getsemaní nos mandó orar para no caer en la tentación, y siguiendo su divina enseñanza sobre cómo debemos hacerlo, cantamos (oramos) devotamente la oración que él nos enseñó.

Padre Nuestro.

Oración Final.

Señor, nuestro Jesucristo, al tomar en tus manos el pan y el vino para instituir la Eucaristía en la última cena, tuviste presente este nuestro Jueves Santo, que es reproducción del primero.

Queremos celebrarlo en unión tuya, teniendo sus mismos sentimientos, meditando sus Palabras.

En esa noche memorable y solmeme instituíste, además de la Eucaristía, el sacerdocio, y promulgaste el gran mandamiento nuevo de amarnos unos a otros, como tú nos amas a todos.

Gracias, Señor, por la Eucaristía, que nos posibilita estar contigo, ofrecerte un sacrificio digno y alimentarnos con tu Cuerpo y Sangre.

Gracias, también, por el gran don del sacerdocio, que sepamos corresponder y valorar la entrega y el servicio caritativo de tus ministros.

Gracias por tu precepto de caridad fraterna y por el ejemplo de tu vida. Enséñanos a amar con sincero corazón como tú lo haces. Haz que vivamos siempre la caridad en todo lugar tiempo.

Tu que vives y reinas por los Siglos de los Siglos.

Amén.



VIERNES SANTO

PASSIO CHRISTI

Sea el calvario mi vida,
y tu Cruz mi único consuelo.
sea tu Herida mi herida
y tu dolor mi más grande anhelo.

Sea Señor tu madero;
el fin de todos mis días;
y que encuentre en ese bendito leño;
a Ti, única fuente de mi vida.

Sean tus llagas la cura,
de todas mis enfermedades;
sea tu amor mi “locura”,
en medio de tantas contrariedades.

Sea la herida abierta de tu Costado;
la peña donde brote el amor;
sea el lugar que tanto he buscado;
con el alma sedienta de Dios.

Sean tus clavos la medicina;
que sanen mi pobre corazón.;
y que en el suave bálsamo de tus heridas;
te encuentre por fin, mi Señor.

Sean los pasos de tu Pascua,
la vía por donde he de caminar;
para que al despuntar Señor la mañana;
contigo me pueda encontrar.

Sea Jesús tu corona de espinas;
el premio que yo quiero alcanzar;
sea la meta que persiga;
Y la luz en medio de mi oscuridad.



Sean Señor tus quebrantos;
los que me hagan por mis pecados llorar;
que ellos se transformen en regazo;
donde puedas venir a descansar.

Que en fin Señor, sea tu Vida mi vida;
y que tu Muerte, sea también mi muerte;
y que no tema Jesús tu partida;
Por saber que de nuevo volveré a verte.

08/03/2007.

PEP.



SÁBADO SANTO

SEGUNDA LECTURA

De una Homilía antigua sobre el grande y Santo Sábado

(PG 43, 439. 451. 462-463)

El descenso del Señor al abismo

¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción al abismo.

Va a buscar a nuestro primer padre como si éste fuera la oveja perdida. Quiere visitar a *los que viven en tinieblas y en sombra de muerte*. Él, que es al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, va a librar de sus prisiones y de sus dolores a Adán y a Eva.

El Señor, teniendo en sus manos las armas vencedoras de la cruz, se acerca a ellos. Al verlo, nuestro primer padre Adán, asombrado por tan gran acontecimiento, exclama y dice a todos: «Mi Señor esté con todos.» Y Cristo, respondiendo, dice a Adán: «Y con tu espíritu.» Y, tomándolo por la mano, lo levanta, diciéndole: «*Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz.*»

Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu hijo; y ahora te digo que tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: “Salid”, y a los que se encuentran en las tinieblas: “iluminaos”, y a los que duermen: “Levantaos.”

A ti te mando: *Despierta, tú que duermes*, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; *levántate de entre los muertos*, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona.

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho tu hijo; por ti, yo, tu Señor, he revestido tu condición servil; por ti, yo, que estoy sobre los cielos, he venido a la tierra y he bajado al abismo; por ti, me he hecho hombre, *semejante a un inválido que tiene su cama entre los muertos*; por ti, que fuiste expulsado del huerto, he sido entregado a los judíos en el huerto, y en el huerto he sido crucificado.

Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolverte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar, de acuerdo con mi imagen, tu imagen deformada; contempla los azotes en mis espaldas, que he aceptado para aliviarte el peso de los pecados, que habían sido cargados sobre tu espalda; contempla los clavos que me han sujetado fuertemente al madero, pues los he aceptado por ti, que maliciosamente extendiste una mano al árbol prohibido.

Dormí en la cruz, y la lanza atravesó mi costado, por ti, que en el paraíso dormiste, y de tu costado diste origen a Eva. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te saca del sueño del abismo. Mi lanza eliminó aquella espada que te amenazaba en el paraíso.

Levántate, salgamos de aquí. El enemigo te sacó del paraíso; yo te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celeste. Te prohibí que comieras del árbol de la vida, que no era sino imagen del verdadero árbol; yo soy el verdadero árbol, yo, que soy la vida y que estoy unido a ti. Coloqué un querubín que fielmente te vigilara; ahora te concedo que el querubín, reconociendo tu dignidad, te sirva.

El trono de los querubines está a punto, los portadores atentos y preparados, el tálamo construido, los alimentos prestos; se han embellecido los eternos tabernáculos y moradas, han sido abiertos los tesoros de todos los bienes, y el reino de los cielos está preparado desde toda la eternidad.